

## Las devociones cristianas en México

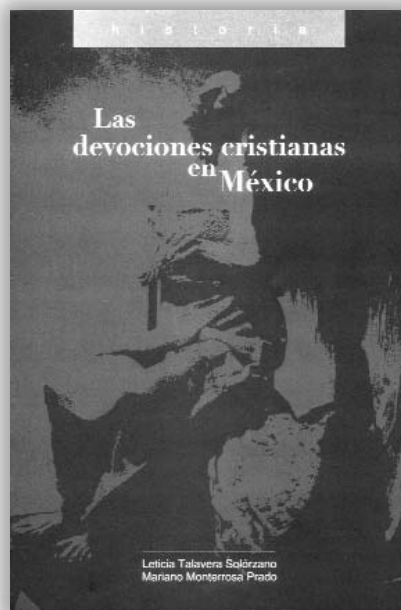
Salvador Rueda Smithers\*

Mariano Monterrosa Prado y Leticia Talavera Solórzano, *Las devociones cristianas en México en el cambio de milenio*, México, INAH / Plaza y Valdés, 2002.

**S**egún el Evangelio, el apóstol Santiago, hijo de Zebedeo y hermano mayor de San Juan Evangelista, fue testigo de la Transfiguración en el Monte Tabor y de la agonía de Cristo en Getsemaní. Como los otros apóstoles, seguramente era un hombre rústico que, providencialmente, fue iluminado. Se sabe también que se le decapitó hacia el año 42 por orden de Herodes Agripa, pero su biografía no terminó en el martirio. La *Leyenda dorada*, delicioso texto medieval que pobló de anécdotas y portentos las historias de vida de los primeros cristianos, relató que el cuerpo del apóstol fue llevado en una barca por sus discípulos hasta Galicia, donde lo enterraron secretamente. Varios siglos después, su tumba fue descubierta y se volvió cimiento del importantísimo centro de peregrinación Santiago de Compostela.

En su asiento español, el apóstol dejó de ser un evangelizador y se desdobló en activo luchador contra los moros. Así, por ejemplo, cuentan

\* Dirección de Estudios Históricos, INAH.



que se apareció montado a caballo durante la batalla de Clavijo en el año 844, entre otros sucesos bélicos. En esos años, Santiago sumó sus atributos de protector de peregrinos, sombrereros y farmacéuticos al de valiente y violento guerrero en favor del cristianismo. Fue entonces cuando se le llamó Santiago Matamoros.

Hay pasajes de la historia prodigiosa del apóstol que no se narran en las hagiografías. Así, alguna versión de la Conquista de México lo hace aparecer para salvar a Hernán Cortés durante un desafortunado encuentro contra los mexicas; el hecho no fue desmentido por Cortés, y el memorioso Bernal Díaz del Castillo lo puso en duda, sin negar su devoción al santo naturalizado español. De cualquier modo, la iconografía de la Conquista dejó su impronta en un altorrelieve de la iglesia franciscana de Tlatelolco y, al pare-

cer, en la del área dominica de Yau-tepec, como Santiago Mataindios. Una nueva carta de naturalización, y cambio en sus preferencias protectoras, dan fe de las más recientes apariciones del apóstol armado, esta vez montado a la usanza charra, como en Huixquilucan, Estado de México, o mujeriego y fecundo, culpable de embarazos inexplicables, amarrado junto con su caballo para evitar las incursiones machistas nocturnas. También se le ha visto bien dispuesto a defender a los campesinos indios: en Temoaya, Estado de México, su figura es la de Emiliano Zapata, quien cabalga por las orillas de la población durante las noches de luna, vigilante de las tierras del pueblo.

La suma de atributos y de anécdotas hagiográficas es, por supuesto, un acontecimiento cultural. De hecho, gran parte de ellos y los ritmos de sus existencias se miden por el lento flujo de las mentalidades. En ese terreno se localizan las advocaciones de los santos, la eficacia de sus símbolos como vehículos del lenguaje y reflejo de los fervores, las aceptaciones iconográficas y las producciones plásticas; también ahí nacen y mueren los cambios de características benéficas o punitivas, las naturalizaciones de los poderes protectores, las taumaturgias, las aficiones y los rostros que el tiempo da a estos habitantes del cielo. Ahí mismo, claro está, se ubican sus ciclos vitales, los de la memoria y el olvido. En esta frontera entre la literatura religiosa aceptada y las múltiples prácticas devocionales populares, se sitúa el

libro de Leticia Talavera y Mariano Monterrosa.

Texto de lectura ligera, “platicada” —como bien dice en su presentación María Luisa Franco—, que da cuenta de varias metamorfosis de santos europeos, sanadores de pestes y protectores de oficios y producciones del Viejo Mundo, a personajes populares mexicanos que atendían necesidades propias de los cristianos de estas latitudes. No evolución, sino metamorfosis, vale repetir. De paso, nos pone alertas frente a ciertos estereotipos del sincretismo hispano-indígena que hemos aceptado sin dudas, confundiendo dicho fenómeno con el del paralelismo.

Tal sería el caso de la relación mecánica de San Isidro Labrador como advocación sustituta del prehispánico Dios de la lluvia, Tláloc, durante el primer tramo virreinal, afirmación tan aceptada como quizás equívoca. El asunto, si se investiga un poco, resulta más complejo, y en todo caso el proceso de sustitución debió ser tardío ya que San Isidro fue canonizado por el papa Gregorio XV hasta el 12 de marzo de 1622. No sin razón, los autores de este libro dicen que es:

...probable que su patronazgo sobre la agricultura mexicana date del siglo XVII, es decir, a partir de su santificación, pues este hecho en la Nueva España fue motivo de grandes celebraciones; más aún, lo fue por haberse canonizado en una sola ceremonia a cuatro santos españoles (p. 63).

Otros casos de sincretismo, me-

nos evidentes que el de San Isidro-Tláloc, fueron señalados por los frailes durante el siglo de la Conquista. Baste aquí señalar a Tonantzin-Guadalupe, Santa Ana-Toci (en la sierra de Tlaxcala), San Juan Evangelista-Telpochtli Tezcatlipoca (en Tlaxcala), Oztotéotl-Cristo Negro de Chalma y Tenzontéotl-Santo Jesús. O, en Oaxaca, la diosa zapoteca Pinoopia-Santa Catarina. Asimismo, otros santos y dioses mantuvieron la distancia, como San Bartolomé Apóstol, el despellado, un caso de paralelismo que no sustituyó al dios desollado Xipe Totec, como bien se apunta en este libro.

Pero el proceso de lectura de las hagiografías y de los símbolos iconográficos fue más allá de sincretismos y paralelismos. De hecho, son numerosos los santos que sumaron atributos y conformaron fervores singulares a lo largo del periodo virreinal, para luego caer en desuso. Monterrosa y Talavera ofrecen algunos ejemplos. En este sentido, el desdoblamiento del medieval hombre de guerra al charro Santiago-Zapata no resulta aislado.

Permítaseme relatar otro ejemplo de esta curiosidad: la historia de Santo Tomás Apóstol, incluida en *Las devociones cristianas*. Nombre de origen arameo y traducido al griego como Dídimo, Tomás significa “hermano gemelo”. Se le recuerda por su escepticismo y por la obligación de cumplir con su palabra y meter los dedos en la herida del costado de Cristo resucitado y aparecido. Según la *Leyenda dorada*, Tomás evangelizó en la In-

dia, donde fue martirizado. Se dice que su tumba está en Meliapor.

Durante el siglo XVI, inició la naturalización del apóstol, de su singular biografía mexicana. El proceso fue largo, pero comenzó tempranamente. Las llamadas cruces mayas inquietaron a más de un estudioso del pasado precolombino. De hecho, algunos las interpretaron como testimonios de evangelización anterior a la llegada de los españoles. En 1607, Gregorio García creyó ver la posibilidad de que fuera Santo Tomás quien buscó cristianizar a los indios. La biografía del santo, entonces, se amarró a la del Quetzalcóatl histórico, hombre blanco, barbado, gemelo y ataviado con “una túnica sembrada de cruces” —según escribió Ignacio Bernal en su clásica *Historia de la arqueología en México*—. La idea tuvo algún éxito, y fue secundada por eruditos como Carlos de Sigüenza y Góngora y Becerra Tanco durante la segunda mitad del siglo XVII. A lo largo de la siguiente centuria, Santo Tomás se fue construyendo como símbolo de identidad localista, criolla, que justificaba la separación de España y la Nueva España. Hacia finales del siglo, el licenciado Borunda amplió hasta el exceso la fantasía, e ilustró su afamado manuscrito con un Santo Tomás y su manto de cruces enseñando a los indios la Biblia a través de imágenes pintadas —tal y como se había representado la evangelización en el libro *Retórica Christiana* de fray Diego de Valadés—. Borunda, todos lo sabemos, sirvió de apoyo a fray Servando Teresa de Mier para

su famoso sermón sobre Santo Tomás y la tilma de Juan Diego, posiblemente capítulo inicial del proceso de independización de España, y capítulo final de la hagiografía no oficial tomasiana en nuestro país.

El título del libro justificaría la inclusión de centenares de santos, de infinidad de advocaciones pasadas y presentes, de las palabras que acompañan los rituales, de las fechas de sus festividades, de las hierofanías, de las infamias de los paganos y los sufrimientos terrenales, de la relación con la divinidad, de su lugar celeste y su proyección en los altares. En suma, de casi todo el universo del cristianismo. Pero los autores decidieron circunscribirse a una nómina acotada de santos, de sus protecciones y de los significados que alguna vez se les atribuyeron en Europa y México. Creo entender sus razones. Permítaseme ahora ensayar una explicación.

Tal vez una de las características de la literatura hagiográfica sea la solemnidad. Las vidas de los santos —esa suerte de biografías inverosímiles de tenaces cristianos, mártires o sufridos monjes y vírgenes— adquirieron estatura celestial cuando se probaron —la mayoría de ellos después de muertos, a través de sus reliquias— sus poderes taumatúrgicos. Todos ellos han sido sanadores, de ahí su eficacia popular. Las solemnidades que atraviesan las historias escritas nacieron de la apologética; por ello, no es un atrevimiento afirmar que las historias que relatan las hagiografías son también parte de la literatura de ficción y,

para nuestra gran fortuna, de la producción plástica occidental.

Los relatos escritos y plásticos descubren un mundo irreal, metafórico, cargado de vecindades imposibles. Tanto así, que bien podría creerse que la imaginación no podría ir más lejos. Pero este libro de Mariano Monterrosa y Leticia Talavera es sorpresivo ejemplo de la ilimitada fantasía que nace del fervor, y ejercitan un subgénero literario, el que recupera los atributos creados por el fervor y la imaginación popular en México. En realidad este libro es un “manual de hagiografía fantástica”.

No se trata, como en un primer momento podría suponerse, del repaso general y ordenado por la geografía devocional mexicana, sino del armado de pequeños relatos de lectura independiente que a manera de cuadros exhibe los atributos coyunturales y en algunos casos locales que se suman a iconografías tradicionales y a protecciones debidamente aceptadas por la Iglesia. Desfile de casi cuarenta santos a los que corresponden imágenes en templos mexicanos y, en algunos casos, a grabados que circularon popularmente durante el siglo XIX. Se trata de santos ahora casi olvidados, que parecieran haber cansado a sus devotos, pero que sus cuerpos y atributos, en pinturas o esculturas, sobrevivieron al tiempo y al descuido. No un libro de iconografía; menos aun una solemne hagiografía, sino el relato de las experiencias personales de los historiadores al visitar templos, localizar imágenes que sobresalen por su extrañeza, y

platicar con los guardianes y con los feligreses. Es un texto que apela más a la mirada del antropólogo que a la del historiador del arte.

Las narraciones revelan el común denominador de muchos de los santos seleccionados. Por un lado, su candidatura al olvido, o el desdoblamiento inesperado hacia características que no les eran originales, y en algunos casos, impensables en otras latitudes cristianas. Otros más, hay que decirlo, con apenas alguna curiosidad distintiva, como San Miguel Arcángel, Santa María Magdalena y su indispensable acompañante en los altares, Santa María Egipciaca.

Destacan, como contraparte, los santos inventados, como Santa Veneranda que en realidad es la personificación del Viernes Santo, o el gigante San Cristóbal, muy alejado del cinocéfalo de las representaciones de la Iglesia Oriental, patrón de los viajeros y protector contra la muerte intempestiva; hoy ya fuera del santoral y con pocos devotos, se comprende el gran formato de sus representaciones, pues bastaba con verlo para salvar momentáneamente el alma. Aparecen santos impostores como San Pascual Bailón, quien “robó” su poder protector de las cocinas a San Diego de Alcalá, y que en Chiapas y Guatemala trocó su figura monacal para convertirse en esqueleto viviente a la manera de las danzas macabras; o San Homobono, patrón de los sastres que se venera en el templo de El Carmen, de Puebla, con su pulcro traje negro que en realidad es la imagen de un Cristo bien vestido y mejor

aprovechado, aunque con jerarquía divina menor. También hay santos que se desdoblaron momentáneamente en héroes nacionales, como San Acacio, al que se le confundió con el cura Hidalgo y su tradicional abrigo negro, o el ya mencionado Santiago Apóstol-Emiliano Zapata.

Están los santos protectores de la agricultura, como San Juan Fandila, San Isidro Labrador y su compañera Santa María de la Cabeza, venerados en muchos pueblos campesinos, a quienes se les pide Sol (San Isidro) y lluvia (Santa María); o dedicado a la protección de las calabazas, como San Antonio de Padua, santo a quien además de solicitarle novio y esposo —en realidad, exigirle—, se le requiere para cuidar de las sequías y las heladas tempranas; por cierto, que a San Antonio de Padua se le voltea de cabeza hasta que cumple con lo que se le pide, pero que también fue “calabaceado” por su inconsistencia de protector de siembras: su imagen fue sacada del altar para ser fusilada y humillada en Meztitlán, donde nos dicen los autores que se le castigó “para que se le quite lo pendejo”. Jirones ocultos de ritos paganos eurasiáticos que se “acomodaron” a la realidad campesina mexicana con resultados que entenderán a los lectores.

Santos que no son generosos, como Santa Rita de Cascia, que se cobra los favores con enfermedades, accidentes y muertes, y cuya historia está cargada de anécdotas de sufrida esposa que puede desquitarse a la manera del pícaro popular Pedro de Urdimalas (o “don



Cacahuatè”, como se le conoce a Urdimalas, en la región Guanajuato-Michoacán-Jalisco, también personaje en proceso de olvido). O el desprendido San Martín de Tours, llamado también San Martín Caballero, quien dejó de lado sus primitivas inclinaciones de protección a los militares para acompañar al verdadero autor de las bonanzas de los pequeños comercios: su caballo; o el santo que por igual mueve fuerzas celestes que oscuras, San Benito de Palermo, a quien se le piden con listones blancos milagros y maldades con cintas negras. San Ramón Nonato, patrón de las parturientas y que en nuestras latitudes, gracias al candado que fue instrumento de suplicio y atributo iconográfico, obra contra las maldicciones. Santa Librada se deshace de los malos maridos; la rara Santa

Quiteria, protectora contra la rabia, es apenas una mujer aureoleada que pasea con un mastín; San Roque, reconocido por la llaga y por el perro que lo cuidó y acompañó, habita arrinconado y silencioso en oscuros altares entre otros pobladores visibles del celestial mundo invisible.

Algunos apuntes, más bien curiosos, completan el libro, como las historias de los santos médicos o la bizarra del venerable Gregorio López, supuesto hijo tráfuga de Felipe II, quien luego de su milagrosa curación de locura se convirtió en ermitaño en distintos lugares de la Nueva España, verdadero prototipo de la tebaida americana, o las coincidencias de los Juan Diego en las devociones aparicionistas marianas de los indios de México y de Ocotlán —como en otro libro ya nos mostró Rodrigo Martínez Baracs.

No faltarán lectores que exijan de *Las devociones cristianas* las formas de una hagiografía ajustada a los acartonamientos devocionales, ni quizá tampoco aquellos que esperen una suerte de catálogo razonado de iconografía, regido por las normas de cualquier instrumento de consulta. En el mejor de los casos, se sentirán decepcionados. Peor para ellos. Este libro fue escrito para el disfrute. Texto lleno de anécdotas y opiniones, que sacrificó la solemnidad y el excesivo eruditismo para apostar por una característica poco común de los libros de historia: el entretenimiento a través de las palabras de dos conocedores del tema.